

## CANADA, ITALIA Y LAS RELACIONES DIPLOMATICAS CON LA REPUBLICA POPULAR CHINA

El establecimiento de relaciones diplomáticas entre Canadá y la República Popular China el pasado 13 de octubre, no pudo constituir una sorpresa para los observadores de la política internacional, y ni siquiera para el simple interesado en el acontecer mundial. Entre otras razones, tal fue porque la decisión aparece como una consecuencia nada imprevisible de la reconsideración de la política exterior canadiense que el primer ministro, George Elliot Trudeau, incluía en su programa al asumir el Poder en la primavera de 1968. Era un programa en el que dominaba la preocupación por gobernar ateniéndose a normas de austeridad económica y tendente, en primer término, a reducir el presupuesto o, por lo menos, a mantenerlo dentro de límites soportables por el país. Este planteamiento del problema, partiendo de lo económico, convertido en *deus ex machina* de la política canadiense, tanto interior como internacional, fue una de las razones invocadas para modificar la contribución de Canadá a la O. T. A. N. Aunque tal vez no le faltara el deseo, debido a su estrecha vinculación con el mundo anglo-sajón, y singularmente con los Estados Unidos, el Gobierno Trudeau no pudo seguir el camino emprendido por Francia en 1966 y retirarse de aquella organización militar, aun permaneciendo en la Alianza atlántica. Se limitó a maniobrar para seguir en la O. T. A. N., pero harto más moderadamente que por lo pasado. Las negociaciones preliminares con los aliados atlánticos fueron satisfactorias y permitieron al ministro de Defensa de Canadá dar a conocer las decisiones del gobierno en septiembre de 1969.

El objetivo principal perseguido era reducir gradualmente los efectivos canadienses estacionados en Europa hasta limitarlos, en un plazo de tres años, a solo 5.000 hombres de las fuerzas terrestres, en parte mecanizadas, ello en sustitución de la brigada y la fuerza aérea cuya misión nuclear sólo se mantendría hasta enero de 1972. Pero, agregó el ministro ante el Parla-

mento: «Seguiremos respetando nuestros compromisos y entre las fuerzas de Canadá se prevé una unidad susceptible de ser transportada por aire y por mar y destinada a reforzar el flanco Norte de la O. T. A. N. en caso de urgente necesidad.» En lo que respecta al apoyo de las fuerzas terrestres, previstas para reforzar el flanco Sur de la O. T. A. N., ya ha llegado a su término anunciado para 1970, conforme a ese plan de reducción gradual de la contribución de Canadá al sistema defensivo del organismo militar de la Alianza Atlántica<sup>1</sup>.

Semejantes decisiones, que el primer ministro justificó con preocupaciones de orden económico, y también en razón de la capacidad actual de los aliados europeos para asumir mayores cargas, no sólo entrañan consecuencias estratégicas. Pusieron de manifiesto el propósito de Ottawa de acometer una política exterior más independiente. Sólo cierto distanciamiento de la O. T. A. N., ya que no de la Alianza Atlántica, podía permitirlo. Es decir que a los dirigentes canadienses se les había impuesto la recortada libertad de maniobra que les dejaba la política de su aliada norteamericana, debido en parte a las interferencias de la estrategia en esa política. Dicho en otros términos, Canadá estimó conveniente para sus intereses nacionales atenerse a los términos del Tratado del Atlántico Norte, que considera áreas claramente definidas, y rehuir las consecuencias que entraña la proyección mundial de los Estados Unidos. «Es la Estrategia y no la Alianza en sí la que constituye para nosotros un motivo de preocupación», puntualizó a este respecto George Elliot Trudeau. La aceptación por el Consejo del Atlántico Norte del pasado diciembre de la reducción de los efectivos canadienses en Europa, sin merma de la posición incambiada de Canadá en la Alianza atlántica, puede calificarse de éxito. Lo confirma el hecho de que en la proyectada Conferencia de Seguridad europea, está previsto que Canadá participará en pie de igualdad con los demás aliados atlánticos.

Pero independientemente de esta actividad en el ámbito atlántico, uno de los aspectos más dignos de destacar de la política exterior de Canadá ha sido su apertura hacia lo que para ella resulta ser el Oeste: la República Popular China. A decir verdad, aunque el éxito de las negociaciones, oficial-

<sup>1</sup> De otra parte, las consultas iniciadas el año pasado entre Washington y Ottawa, con relación a los cambios estructurales en el NORAD, han dado por resultado que Canadá desempeñe en adelante un papel de mayor importancia en el sistema defensivo de América del Norte, si bien los canadienses sólo ostentan mandos adjuntos en la mayor parte de las áreas amparadas por esta organización.

mente iniciadas en Estocolmo en febrero de 1969, corresponde al Gobierno Trudeau, las relaciones comerciales y los tanteos diplomáticos entre Ottawa y Pekín existen desde hace tiempo. Se iniciaron en lo comercial durante los años sombríos para China del fracaso de las experiencias relativas al «gran salto» y las cosechas catastróficas. Entonces Canadá exportó ingentes cantidades de trigo en condiciones favorables para la República Popular. A raíz de aquellos envíos, concretamente en 1962, los granjeros canadienses se vieron en cierto modo representados en Pekín por un periodista, especialista en cuestiones económicas, que desempeñó el papel de corresponsal de los diarios financiados por ellos. Pese a los vientos y mareas de la Revolución Cultural, el corresponsal canadiense pudo mantenerse en Pekín, llegando a ser el único periodista occidental tolerado por las autoridades chinas, indudablemente preocupadas de no romper el contacto con los proveedores canadienses. Es decir, que el camino estaba desbrozado cuando el gobierno Trudeau acordó insistir en las negociaciones con la República Popular que se habían interrumpido. El gobierno anterior había cometido el error de pretender conciliar el reconocimiento del gobierno comunista con el mantenimiento de las relaciones existentes con el gobierno de Chang Kai-Shek. En cambio, el gobierno Trudeau ha salvado el escollo que supone la intransigencia de China Popular sobre este punto tomando buena nota de la llamada «declaración de Pekín», según la cual Taiwan es parte integrante—aunque irredenta—del territorio de China. Llevadas a feliz término las negociaciones chino-canadienses, Canadá puede volver los ojos hacia ese sector de Asia que está al margen de la influencia de los dos Supergrandes. Es ésta una circunstancia lo bastante insólita en un mundo donde perdura la bipolaridad como para invitar a más países occidentales a seguir el ejemplo que han dado otros, en particular Francia en tiempos del general De Gaulle.

Aunque llevadas con discreción, las negociaciones chino-canadienses no dejaron de ser objeto, de cuando en cuando, de comentarios por parte del gobierno de Canadá, sin duda, deseoso de ir habituando el sector conservador del país a la idea de que el sistema político imperante en un país no es factor a tomar en cuenta llegada la hora de la conveniencia comercial y política. Es más, al referirse al éxito deseado de esas negociaciones entonces en curso, George Elliot Trudeau no vaciló, en una Conferencia de Prensa, en aludir a sus «felices resultados». La expresión no es exagerada de considerarse que las relaciones entre Ottawa y Pekín implican para Canadá no sólo una salida al Pacífico, sino también un gesto de independencia, o sea, el término de una política exterior

centrada en la pertenencia al mundo anglo-sajón, iniciada, con todas sus consecuencias internas y exteriores, a mediados del siglo XVIII, a raíz de la derrota de los colonos franceses en Montcalm por las fuerzas inglesas. De otra parte, la nueva dimensión asiática de la política exterior de Canadá no deja de tener influencia en lo que han dado en llamar «la admisión» de China en la O. N. U. China es miembro de ese alto organismo desde su creación. Lo es desde entonces en calidad de miembro permanente del Consejo de Seguridad, junto a los Estados Unidos, la U. R. S. S., Gran Bretaña y Francia. Por tanto, el problema estriba en dilucidar cual de las dos Chinas, la nacionalista de Taiwan o la comunista del continente, es la que debe ocupar el puesto que corresponde a ese país no sólo en la O. N. U., sino en el Consejo de Seguridad. Declarada «país agresor» en 1951, con motivo de la guerra de Corea, China Popular sigue siendo oficialmente «país agresor» para la O. N. U., lo cual la invalida para figurar entre las naciones «amantes de la paz» que son—la paz reinante por doquier en el mundo lo proclama—todas las que tienen un escaño en el alto organismo internacional. La propuesta de todos los años de que China Popular entre a formar parte de la O. N. U.—en el puesto y lugar de China nacionalista, por supuesto—resultó derrotada al principio por aplastante mayoría. Pero, al pasar el tiempo, la idea de que China Popular esté presente en ese organismo ha ido ganando adeptos<sup>2</sup>. Incluso Pablo VI, en su discurso en lo O. N. U., formuló tal deseo<sup>3</sup>. Este año, concretamente, la propuesta de «admisión» cuenta con el voto favorable de Canadá, que se abstuvo en 1969, junto con el de Francia, seguida, en parte, por su clientela africana, voto que viene otorgando desde que en enero de 1964 estableció relaciones diplomáticas con Pekín.

De otra parte, aunque Italia haya iniciado después de Canadá el acercamiento a China Popular, inaugurado a principios de 1965 con el envío a Pekín de una representación del Instituto Nacional para el Comercio Exterior dirigida por «un perito comercial», que era en realidad un diplomático, la decisión de establecer relaciones diplomáticas es simultánea al comienzo de las nego-

<sup>2</sup> En 1969, tal propuesta obtuvo 48 votos a favor, 56 en contra y 21 abstenciones. Mas como quiera que los Estados Unidos logran que el ingreso sea calificado de «cuestión importante», se requiere para considerarla no la mayoría simple, sino la de los 2/3 de los votos.

<sup>3</sup> Es de señalar que en el programa de viaje a Asia de Pablo VI queda excluida una visita a Formosa o Taiwan. En cambio, figura una visita a Hong-Kong, puerta de la China Continental.

ciaciones chino-canadienses, o sea, de febrero de 1969. Por ello, Italia llegará a la meta casi al mismo tiempo que Canadá, según ha anunciado el presidente Moro ante la Comisión parlamentaria de Asuntos Exteriores. El establecimiento de relaciones chino-italianas es, pues, inminente, aunque no se haya producido todavía a la hora de redactar <sup>4</sup>. Si se produce a tiempo, China Popular podrá contar con un voto más en la Asamblea general <sup>5</sup>. El hecho en sí de esa votación no es trascendental, dado el limitado efecto de la mayoría de los votos de la O. N. U. en los hechos concretos, pero no deja de presentar el inconveniente de ser una zancadilla a la solidaridad de principio del mundo occidental, plasmada en la Alianza atlántica de la que tanto Canadá como Italia, Francia y Gran Bretaña son miembros, aparte de no contribuir a incrementar el prestigio de los Estados Unidos, valedores, defensores y mantenedores de una China nacionalista que, cualesquiera que sean sus títulos para reivindicar la exclusiva representación de China, se va quedando aislada, rebasada por la marcha de los acontecimientos.

Entre estos acontecimientos hay que destacar el peso creciente que en la política exterior europea va adquiriendo el factor económico y comercial, rival cuando no antagónico de los intereses norteamericanos y, por consiguiente, la preocupación de los países europeos por abrirse paso en mercados que les están vedados a Norteamérica, singularmente el de China Popular que encierra en sus fronteras a la cuarta parte de la población mundial <sup>6</sup>. El argumento de la ampliación de las relaciones comerciales, que es bastante contundente, ha sido invocado a las claras por Italia llegado el momento de pisarle los talones a Canadá, a su vez imitador de Francia que, con años de retraso, no hizo sino seguir el ejemplo dado por Gran Bretaña, Suiza, Suecia y Finlandia que se apresuraron a reconocer al gobierno de Pekín tan pronto como la victoria comunista permitió su instauración. No cabe decir que en este orden de ideas, de incuestionable pragmatismo, los países occidentales que comercian con China

---

<sup>4</sup> Italia y China Popular han establecido relaciones diplomáticas el 6 de noviembre.

<sup>5</sup> A pesar de que toda embajada china sea ante todo un centro activo de propaganda revolucionaria, acaso el gobierno de coalición vea en el desarrollo del "maoismo", que no carece de fuerza en Italia, un antídoto contra el poderoso partido comunista de la línea soviética, que tantas dificultades crea a los dirigentes italianos.

<sup>6</sup> El mercado chino no está totalmente vedado a Norteamérica que logra introducir mercancías a través de Hong-Kong. Pero este comercio subrepticio carece de significación.

han sufrido desengaños <sup>7</sup>. Las relaciones comerciales, incluidas las de la República Federal Alemana que, acaso como Austria y Bélgica está dando pasos diplomáticos con dirección a Pekín, no han cesado de desarrollarse, siendo en particular crecientes las exportaciones, salvo en el caso de Canadá que encuentra en Francia un competidor en materia de exportación de trigo. Es decir, que en función de los éxitos comerciales, la diplomacia entra en acción.

Más como quiera que uno de los rasgos del ser humano, que forzosamente se refleja en la política, quehacer de humanos, es la tendencia a buscar motivaciones nobles y objetivos de alto ideal a sus actos, los países atraídos en primer término por los provechos a sacar del mercado chino despliegan todo el arte de la retórica y la literatura para hacer ver que su acercamiento a China Popular es un medio hábil y loable de neutralizar su virulencia revolucionaria ayudándola en su desarrollo económico. Semejante criterio tiene el inconveniente de prestar a China Popular y a sus dirigentes estructuras mentales de tipo occidental, o sea, una visión del mundo y de las relaciones internacionales según la cual, satisfechas las apetencias de cierto bienestar, se aplacan las iras y las reivindicaciones pueden convertirse en tema de conversaciones. ¿Es acertado tal enfoque optimista?

La actual tendencia china a buscarse amigos por el vasto mundo parece permitir que se conteste por la afirmativa. A la parálisis que sufrió la diplomacia china durante la Revolución Cultural sucede un evidente esfuerzo por salir del aislamiento. Los embajadores llamados a Pekín han vuelto a sus puestos en el extranjero; se inician negociaciones con países que no estaban representados en China Popular e incluso, en el pasado marzo, hubo un conato de reanudación del contacto con los Estados Unidos, si bien la ampliación del conflicto indochino cortó en seco las esperanzas de un relajamiento de la

RELACIONES COMERCIALES CON CHINA  
(En millones de dólares)

	1964		1965		1966		1967	
	Import.	Export.	Import.	Export.	Import.	Export.	Import.	Export.
Francia	30,4	48,9	43,1	59,3	53,2	91	47,4	91,7
R. F. A.	51,8	25,4	72,7	79	92,4	129,4	76,8	206,4
Italia	23,7	18,4	38,4	56,4	56,5	62	57,6	79,2
Gran Bretaña	69	50	83,2	72,4	94,7	93	81,6	108
Canadá	8,7	126,4	13,3	97,2	19,1	171	22,8	84

tensión chino-norteamericana. Chou En Lai se dispone a emprender viaje por Africa y a hacer una visita oficial a París y acaso a Rumania. El esforzarse por no estar al margen del mundo son síntomas susceptibles de tranquilizar y estimar que el aislamiento chino fue un mero accidente provocado por la Revolución Cultural. Pero el hecho es que el aislamiento chino no se inició entonces, sino en 1960 cuando rompió su solidaridad con el mundo socialista dirigido por la U. R. S. S. y empezó a reivindicar el liderato de la subversión generalizada. Tal decisión, más que señal de desorientación y confusión política, se impone como la vuelta a una tradición histórica: la capacidad de China a través de los siglos para crear por sí misma o transformar ideas en lo político, lo cultural, lo artístico y lo moral e, igualmente, su tendencia a proponerse como modelo único con vistas a cumplir una misión que cabe calificar de mesiánica. No fue casualidad que China se llamara en tiempos el Imperio del Medio, o sea, del centro del mundo. De ahí que más por atracción que por conquista armada, partiendo del valle del río Amarillo, es decir, de un área geográfica limitada, China haya irradiado su influencia hacia todos sus vecinos<sup>8</sup> hasta absorber a muchos integrándolos en su civilización milenaria. El factor ideológico que sirve de fundamento al régimen actual ha sufrido ya esa mutación que China impone a los sistemas filosóficos o políticos foráneos para transformarlos en algo genuino. Así el marxismo-leninismo acuñado en Moscú se ha convertido en el «marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse-tung». Rotos los vínculos ideológicos con la U. R. S. S., relegada a la despreciable categoría de «revisionista» o de «social-imperialista», aparte del propósito de ser cabeza de la revolución mundial, China Popular brega por acceder al rango de tercer Superpotencia, nuevo centro de decisiones autónomas en la política mundial. La prueba tangible de semejante voluntad de autonomía y poder la dio China Popular con la creación de su propia fuerza atómica a partir de 1964. De otra parte, en tanto que la U. R. S. S. casi está a la defensiva en el terreno ideológico y en alerta en sus fronteras asiáticas sin haber resuelto definitivamente el problema de la seguridad europea y que los Estados Unidos están maniatados en Indochina, que condiciona toda su política asiática y en el Pacífico, China dispone de una no despreciable capacidad de maniobra diplomática y táctica. La tiene singularmente en un mundo occidental que combate en orden disperso bajo la simbólica bandera de la libertad. Por tanto, mer-

---

<sup>8</sup> El simple hecho de que Japón adoptara los caracteres chinos para la escritura es claro reflejo de la proyección de China en toda Asia.

ced a los países europeos y a Canadá, China Popular puede moverse con vistas a romper ese cerco del que padece el complejo y del que acusa tanto al «imperialismo» norteamericano como al «revisionismo» soviético. A este respecto, la propuesta de Breznev de establecer un Pacto de Seguridad colectiva en Asia, que apuntaba claramente a China Popular, era propio para fundamentar los temores de Pekín y agudizar esa psicosis de agresión y guerra que la propaganda oficial china se cuida de mantener en la población. Aunque capitalistas, es decir, «ciudades» que se verán cercadas por el «campo» que es el mundo subdesarrollado, según la teoría de Lin Piao, los países europeos, incluso «reaccionarios», no figuran en las filas de los enemigos directos de China Popular por razones obvias. Lo serán tanto menos cuanto que contribuyan al desarrollo que China Popular ha acometido con energía y prosigue en medio de tremendas dificultades internas de todo orden y pese a la hostilidad de la que durante años dieron muestras las naciones en condiciones de prestarle ayuda. Ello explica la buena acogida dispensada a los países deseosos de entablar conversaciones con Pekín. Es una apertura que, en lo político, permite a China Popular introducirse en cuña entre los abominados «revisionistas» y los «imperialistas» norteamericanos y convertirse en el tercer vértice efectivo de la política triangular que se dibuja claramente en el horizonte internacional, aunque los dos Supergrandes reconocidos sigan actuando, o finjan actuar, como si tal no fuera. Por lo demás, la condición previa para tratar de poner en marcha una revolución mundial es estar en el mundo y no marginado, que equivale a estar aislado.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA